



El Comunicado

de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*

Proclamando las trascendentales verdades bíblicas

¿Sabía usted que muchos presidentes de los Estados Unidos asumen su mandato jurando con su mano en la Biblia abierta en un determinado pasaje? La Biblia del presidente Reagan estaba abierta en 2 Crónicas 7:14, un versículo lleno de significado: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”.

Esta promesa inquebrantable de Dios alude a un tema crucial para los Estados Unidos y prácticamente para todas las naciones de nuestro planeta. La Biblia profetiza muchos acontecimientos que tendrán lugar antes del glorioso retorno de Jesucristo a la Tierra. Al leer estas profecías, algunos pueden preguntarse: “¿Por qué tiene Dios que ser tan cruel? ¿Quiere él castigar de alguna forma a los pecadores?” A continuación presentamos tres verdades muy importantes, que pueden ayudarle a entender la voluntad de Dios y el propósito de *Las Buenas Noticias*.

1. La mayoría de las profecías de destrucción registradas en la Biblia simplemente reflejan las consecuencias colectivas de quebrantar la ley de Dios (1 Juan 3:4). El apóstol Pablo escribió una gran verdad: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

2. Dios jamás desea que los seres humanos sufran como consecuencia de sus pecados y siempre les da primero

otra opción. Como declarara el profeta Isaías: “Diles: ‘Vivo yo’, dice el Eterno el Señor, ‘que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?’”

3. Siempre hay una oportunidad de arrepentirse, ya sea individualmente o a escala nacional. El profeta Jonás fue enviado por Dios para advertir a los habitantes de la antigua Nínive acerca de su inminente destrucción, pero para sorpresa de todos, “los hombres de Nínive *creyeron a Dios*, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos” (Jonás 3:5, énfasis agregado). Hasta el rey de Nínive declaró: “conviértase cada uno de su mal camino . . . ¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?” (Jonás 3:8-9). ¿Cuál fue el resultado? “Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y *no lo hizo* (Jonás 3:10).

Así, aunque nuestra revista se llama *Las Buenas Noticias*, en ocasiones debemos proclamar ciertas verdades bíblicas muy descarnadas, con la esperanza de que algunos las lean, las tomen en serio y se arrepientan. Quiero agradecerles a todos por su interés, sus oraciones y apoyo. Por favor háganos saber si podemos ayudarlos de alguna manera, mientras anunciamos la sanadora verdad de Dios a un mundo sumido en el sufrimiento.

- Por Dennis Luker

EN ESTA EDICIÓN DE EL COMUNICADO

Proclamando las trascendentales verdades bíblicas.....1
 “Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”..... 2
 ¿Qué significa “que nadie te menosprecie por ser joven”?5

Serie 2- Las valiosas enseñanzas de la Biblia
 y su significado: Lección 5.....9
 Hijos de la misericordia12
 La búsqueda de la sabiduría13
 Carta del Director del Consejo de Ancianos14

“Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”

El apóstol Pablo comparó a Jesucristo con el cordero sacrificado durante la ceremonia de la Pascua. En su última Pascua con sus discípulos, Jesús les dijo a sus seguidores que siguieran tomando los símbolos de la Pascua, el pan sin levadura y el vino, como representaciones de su sacrificio. ¿Qué podemos aprender nosotros de estas cosas?

Jerusalén resplandecía bajo el sol de la tarde, mientras doce hombres y su maestro bajaban el monte de los Olivos para dirigirse a cierta casa en la ciudad.

Temprano ese mismo día, Jesús de Nazaret había dado instrucciones a dos de sus discípulos, Pedro y Juan, para que fueran a la ciudad y prepararan la Pascua (Lucas 22:7-13), una cena sagrada y expiatoria observada por los judíos según las ordenanzas del Antiguo Testamento. (Ella comprendía el sacrificio de un cordero, como se explica en Éxodo 12 y en otros pasajes bíblicos).

Jesús les había dicho que se encontrarían con un hombre que llevaba agua, quien les mostraría el cuarto de invitados donde guardarían la Pascua, y después de encontrar a dicha persona, Pedro y Juan habían hecho todos los preparativos necesarios.

Es probable que Jesús no haya dicho mucho cuando entró al cuarto con los demás y observó los arreglos preliminares. A Pedro y Juan tal vez les haya parecido que Jesús estaba muy ensimismado, pero aparte de eso, su maestro se veía sereno y confiado. Siguiendo su ejemplo, todos comenzaron a relajarse después de sentarse a la mesa.

Fue entonces cuando Jesús dirigió la palabra a sus discípulos, explicándoles que él había esperado con ansias aquel momento para comer esa Pascua con ellos. “Y les dijo: ‘¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios’” (Lucas 22:15-16).

Esta declaración suya impactó fuertemente a los discípulos. ¿Estaba Jesús hablando de sufrimiento? Para los apóstoles era muy difícil creer que él, el Mesías o Cristo –que según la profecía reinaría sobre Israel y todo el resto de las naciones– fuera a sufrir tormento físico, e impensable que fuera a morir tan joven. Más aún, este era el mismo hombre que había convertido el agua en vino, alimentado a 5.000 personas hambrientas con cinco panes y dos peces, y caminado sobre el agua de un mar tormentoso y turbulento.

Jesús procedió a ofrecerles a sus discípulos pan sin levadura y vino, elementos que eran parte de la ceremonia tradicional de la Pascua, pero que ahora, bajo el Nuevo Pacto, habían pasado a ser símbolos de su sacrificio como el Cordero de Dios, según él se los reveló.

El pan que Cristo dio a sus seguidores más fieles simbolizaba su cuerpo. El apóstol Pedro definió más tarde qué significaba esto, escribiendo que nosotros, como cristianos, debemos

seguir los pasos de nuestro Salvador, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis [somos] sanados” (1 Pedro 2:24).

Cristo pagaría la pena por los pecados de la humanidad “por el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:26). El vino, ofrecido a continuación, representaba su sangre derramada, la cual lavaría los pecados de la humanidad (Lucas 22:17-20).

Al comienzo de esa tarde, los discípulos se asombraron muchísimo cuando Jesucristo voluntariamente se hincó y comenzó a lavarles los pies. Jesús les dijo que siguieran su ejemplo, explicándoles que este acto era símbolo de una limpieza espiritual renovada y de la incondicional actitud de servicio que debían tener entre ellos (Juan 13:1-17).

El pan sin levadura y el vino que Cristo ofreció a sus discípulos tuvo un profundo significado para ellos, y lo tiene también para nosotros. Durante aquella tarde, Jesús les explicó

El pan sin levadura y el vino que Cristo ofreció a sus discípulos tuvo un profundo significado para ellos, y lo tiene también para nosotros. Durante aquella tarde, Jesús les explicó que estaba en vísperas de ofrecerse a sí mismo por los pecados de la humanidad.

que estaba en vísperas de ofrecerse a sí mismo por los pecados de la humanidad (Juan 13:31-33). Sus seguidores pronto presenciarían personalmente la dramática demostración del significado de los símbolos de la Pascua.

El sacrificio de Cristo había sido profetizado

En el Antiguo Testamento abundan las profecías acerca del sacrificio de un Salvador venidero. La más antigua de ellas se encuentra en Génesis, después que Adán y Eva pecaran. Hablándole a Satanás, la serpiente, Dios dijo: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón” (Génesis

3:15, Nueva Versión Internacional).

Este versículo, que se refiere a la serpiente y la Simiente, habla simbólicamente de Satanás y Jesucristo. Satanás “mordería el talón” de Jesús promoviendo su crucifixión, en la cual le atravesarían los pies con clavos; pero Cristo, al retornar a la Tierra, le aplastaría la cabeza a Satanás confinándolo a una prisión por mil años, para finalmente eliminarlo del panorama en bien de toda la humanidad (Apocalipsis 20:1-3, 10). La profecía en Génesis 3 es la primera referencia a la crucifixión y muerte de Jesucristo.

El profeta Isaías predijo el sacrificio supremo de Jesucristo: él fue “herido por nuestras rebeliones, molido por *nuestros* pecados; el castigo de *nuestra* paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5, énfasis agregado).

Isaías profetizó además que el Dios Eterno “cargó en él el pecado de todos nosotros” (v. 6). El Mesías iba a ser “angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (v. 7). “Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (v. 8).

La agonía de la crucifixión

El rey David, cuyos escritos se remontan unos 1.000 años antes de la muerte de Cristo, también profetizó este trascendental suceso. Dios inspiró a David para que describiera la humillación y el dolor insoportable que sufriría Jesús durante su crucifixión. En Salmos 22, David escribió como si Cristo estuviera lamentándose en primera persona: “Mas yo soy [despreciado como un] gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen” (Salmos 22:6-7).

La profecía continúa en los versículos 14-17: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas . . . y me has puesto en el polvo de la muerte . . . horadaron mis manos y mis pies; contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan”.

Los escritores de la Biblia registraron muchas profecías acerca de este momento tan trascendental y crítico, cuando nuestro santo Salvador entregaría su vida por usted, por mí y por toda la humanidad. Ese momento llegó, tal como se había profetizado, y de acuerdo con los planes de Dios: “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Romanos 5:6). La ofrenda de Jesucristo como sacrificio de sí mismo había sido planeada desde hacía mucho.

La vida y muerte de Jesús

Para poder entender mejor el significado del sacrificio de Cristo, debemos repasar algunos de los acontecimientos ocurridos durante su vida física.

Cuando Jesús nació, Satanás se propuso destruir al Hijo de Dios. En Mateo leemos: “Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en

todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos” (Mateo 2:16).

Más tarde, inmediatamente después de que Jesús iniciara su ministerio, el Espíritu de Dios lo condujo al desierto para que ayunara durante 40 días y 40 noches. En este crucial momento, Satanás se apareció ante Jesús. Mateo 4 describe las tentaciones que el demonio utilizó para probar al Hijo de Dios.

Primero, Satanás intentó convencer a Jesús para que empleara su poder divino a fin de convertir las piedras en pan y satisfacer así su insoportable hambre (v. 3). A continuación trató de apelar a la vanidad y el orgullo que, equivocadamente, él pensó que Jesús tenía (vv. 5-6).

Después, Satanás se enfocó en los deseos humanos básicos de codicia y poder, ofreciéndole a Jesús los reinos del mundo (vv. 8-9). Jesús no negó que el mundo estaba temporalmente en manos de Satanás, porque Satanás es el rey de este siglo (2 Corintios 4:4).

Durante esta atroz prueba Jesús experimentó tentaciones, pero nunca pecó (Hebreos 4:15), ni en acciones ni en pensamientos pecaminosos. Y a pesar de que físicamente estaba muy débil, Jesús se hallaba en la cumbre de su fortaleza espiritual, después de haber ayunado y haber estado en comunión con su Padre por 40 días y 40 noches.

Y así fue también durante el resto de su vida y su ministerio. Jesús no pecó ni una sola vez, ni permitió que su mente alimentara pensamientos que violaran la ley de Dios. Él nunca quebrantó la letra ni el espíritu de las leyes de Dios.

Jesús sabía lo que era soportar y superar las ansiedades y pasiones comunes a todos los seres humanos: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:7-9).

Jesucristo vivió una vida perfecta, y “no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). De haber quebrantado la ley de Dios, él habría sufrido la pena de muerte igual que el resto de la humanidad, sin esperanza de una resurrección. Pero como se mantuvo sin pecado y como el verdadero Hijo de Dios en la carne, su muerte pagó la pena por nuestras transgresiones, convirtiéndolo en el Salvador de la humanidad (Hebreos 10:12; 1 Juan 4:14).

Jesucristo, nuestra Pascua

En 1 Corintios 5:7, Pablo escribió: “porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. Esta afirmación encierra un profundo significado para los cristianos.

Pablo escribió estas palabras a la Iglesia en Corinto, la cual estaba permitiendo que uno de sus miembros continuara pecando sexualmente. Este no era un pecado común y corriente, incluso para la disoluta sociedad corintia de aquel entonces: un hombre estaba involucrado en una relación inmoral con su madrastra (1 Corintios 5:1).

Pablo reprendió a toda la congregación y les dijo a los corintios que expulsaran al transgresor para que el pecado no se

esparciera y los contaminara, tal como la levadura leuda e hincha la masa para el pan. Esta analogía era muy importante para ilustrar el significado de la Fiesta de Panes sin Levadura, que comenzaba justo después de la Pascua (1 Corintios 5:2-6).

Con el propósito de fundamentar sus razones para expulsar al pecador, Pablo mencionó directamente a Jesús como el cumplimiento del sacrificio de la Pascua: “porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (v. 7).

¿Qué quiso decir Pablo con estas palabras? Que el sacrificio de Cristo no había sido en vano, y que los corintios no debían tomar a la ligera su dolorosísima muerte.

Nuestras vidas deben reflejar el sacrificio de Cristo

Hasta ese momento, los corintios no habían comprendido la magnitud del sacrificio de Cristo. No entendían a cabalidad que ahora que sus pecados ya habían sido perdonados y lavados por la sangre derramada de Jesucristo, sus vidas debían reflejar un nuevo compromiso, y que ya no debían vivir con sus antiguos hábitos pecaminosos.

Pablo les dejó esto muy en claro: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios (1 Corintios 6:9-11).

En una carta a los romanos acerca del mismo tema, Pablo preguntó: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:1-4).

El sacrificio de Jesucristo no debe ser tomado a la ligera

Pablo fue muy enfático al decirles a los corintios que no debían tomar a Cristo livianamente, y que la aceptación de su sacrificio debía producir como resultado un cambio de vida, con una nueva perspectiva y enfoque que no tolerarían el pecado. “Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón . . . Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (1 Corintios 5:11-13).

Si consideramos que aparentemente los miembros de la Iglesia en Corinto no entendían completamente las implicancias del sacrificio de Jesucristo y el terrible sufrimiento y dolor que él había soportado, cabe preguntarnos: ¿será posible que nosotros podamos cometer el mismo error? ¿Comprendemos en profundidad lo que él tuvo que pasar para convertirse en un sacrificio por nosotros?

Ninguno de nosotros estuvo ahí para presenciar cómo los

Esta es una pregunta que podemos hacernos a nosotros mismos en esta temporada de la Pascua: ¿apreciamos verdaderamente el sacrificio supremo de Jesucristo?



soldados romanos flagelaban, golpeaban y ridiculizaban despiadadamente a Jesucristo, pero tenemos la Palabra de Dios, que nos cuenta lo que sucedió. Tanto el profeta Isaías como el rey David, en el libro de los Salmos, y los autores de los Evangelios, fueron testigos del brutal castigo infligido a Jesucristo. Al leer estos relatos bíblicos y también algunas descripciones actualizadas sobre tales castigos, podemos entender, al menos hasta donde nos permiten nuestras limitaciones humanas, la magnitud de los tormentos que nuestro Salvador sufrió por nosotros.

Cuando las autoridades llevaron a Jesucristo ante el sumo sacerdote Caifás y los escribas y ancianos, él fue falsamente declarado culpable de blasfemia. Las autoridades religiosas escupieron su rostro, abofeteándolo y golpeándolo con sus puños mientras se burlaban de él (Mateo 26:67-68). Cuando entregaron a Jesús a los romanos para que le dieran de latigazos (Mateo 27:26), él estaba comprensiblemente desorientado, con su rostro lacerado, amoratado y maltratado.

“La muerte hasta la mitad”

La flagelación de nuestro Salvador a manos de los romanos fue salvaje. Ellos le daban a este tipo de castigo el nombre de “muerte hasta la mitad”, porque se detenía justo antes de que la víctima muriera. Un hombre entrenado, llamado *lictor*, utilizaba un puño de madera al que se le habían amarrado varias tiras de cuero, en cuyas puntas se habían cosido fragmentos

de hueso o de hierro. Este instrumento de tortura se llamaba *flagelo*. El número de latigazos que podía administrarse era ilimitado, y el lictor podía golpear con el flagelo cualquier parte del prisionero.

Por lo general, los guardias amarraban al criminal condenado a una piedra o pilar de madera, con el rostro pegado al pilar y un brazo a cada lado de él. Para humillar aún más a la víctima, le quitaban toda la ropa para impedirle cualquier tipo de protección ante el cruel instrumento.

Entonces comenzaba el brutal procedimiento. El prisionero sufría golpe tras golpe, que dejaban su carne lacerada y su piel ensangrentada colgando, como delgadas tiras de tela. Un funcionario supervisaba la operación, para asegurarse de que el cautivo no fuera a ser erróneamente flagelado hasta la muerte; los romanos sabían por experiencia que un hombre frágil golpeado de tal manera podía morir rápidamente.

Cuando la flagelación concluía, los guardias desataban al prisionero, que caía al suelo en estado de shock. Le vertían agua fría encima para limpiar un poco la sangre, la carne destrozada y la suciedad. La brutal limpieza al maltratado cuerpo de la víctima hacía que ésta volviera de su estado de shock y recuperara la conciencia.

En el caso de Jesús, algunos de los soldados juntaron espinas y entretejieron con ellas una corona, que incrustaron en su cabeza. Le cubrieron con un manto, le pusieron un cetro de caña en su mano y burlonamente le rindieron homenaje, diciendo: “¡Salve, rey de los judíos!” (Mateo 27:29).

“Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle” (vv. 30-31).

Qué significa para nosotros su sacrificio

Esta es solo una descripción muy somera de la agonía que nuestro Salvador tuvo que sufrir en nuestro lugar, para que el sufrimiento y la muerte que merecíamos como pena por nuestros pecados fueran eliminados. Sin el sacrificio de Jesús, hubiésemos estado irremisiblemente condenados a una muer-

te eterna. La única vida que hubiésemos podido vivir hubiera sido la existencia física con la que batallamos ahora y su consiguiente miseria, ocasionada por el pecado.

No tendríamos ninguna esperanza de reconciliación con Dios nuestro Padre, ni de que él aceptara nuestras vidas a cambio de la vida de Jesucristo, quien está ahora sentado a su diestra. Tampoco tendríamos esperanza de ser sanados del dolor y el sufrimiento, y no tendríamos ninguna razón para recibir el Espíritu Santo, entender la verdad de Dios, y servir a Cristo como sus seguidores en la Tierra.

No entenderíamos el misterio de los siglos, el plan de Dios para que los seres humanos se conviertan en hijos de Dios, ni disfrutaríamos el privilegio del compañerismo con otras personas de las mismas creencias, compartiendo el gozo con que Dios nos bendice en su Iglesia.

No debe extrañarnos, entonces, que Pablo haya usado las palabras que usó para despertar a los corintios y volverlos a la realidad espiritual. Ellos tal vez no se daban cuenta de la profundidad del sacrificio de Jesús, o lo habían entendido en algún momento pero se les había olvidado. Cualquiera fuera la situación, necesitaban que se les recordara el dolor y la agonía que su Salvador había tenido que soportar por ellos. Necesitaban arrepentirse de su miopía espiritual y reconocer la gran magnitud de aquel extraordinario sacrificio.

Esta es una pregunta que podemos hacernos a nosotros mismos en esta temporada de la Pascua: ¿apreciamos verdaderamente el sacrificio supremo de Jesucristo?

Esperemos que así sea.

La temporada de la Pascua ya está aquí. Debemos sentir la convicción del apóstol Pablo, quien fue inspirado por Dios para recordarnos: “porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. Ese sacrificio fue real, y debe impactar nuestras vidas diariamente.

- Por Jerold Aust

¡Envíenos sus anuncios, eventos y actividades!

Si desea enviar sus anuncios de aniversarios (15, 25, 30, 40, 50), graduaciones, matrimonios, nacimientos y obituarios, envíe un correo electrónico a:

unidachile@unidachile.cl

y serán incluidos en la siguiente edición de *El Comunicado*.

Esperamos saber más de usted y de los miembros hispanoparlantes de la IDUAI.

También puede enviar fotos y descripciones de las actividades que se están llevando a cabo en su área. Esperamos escuchar de usted para así mantener informados a los miembros alrededor del mundo.

¿Qué significa “que nadie te menosprecie por ser joven”?

Pablo le escribió a Timoteo: “Que nadie te menosprecie por ser joven”.

¿Qué significa esto para el joven cristiano actual?

¿Hay algo más maravilloso que ser joven, estar lleno de energía y fuerza, y sentir la emoción de los primeros descubrimientos? En Eclesiastés 11:9 leemos: “Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia”. ¡Qué hermosa imagen se viene a la mente! Un joven o una jovencita, disfrutando de la vida al máximo, con un futuro lleno de puro optimismo y emoción.

No es de extrañarse que la juventud, con todo su esplendor y vitalidad, a menudo sea venerada como un periodo transitorio, dedicado a pasarlo bien y a probar nuestros límites antes de atarnos a las responsabilidades del matrimonio y una familia propia. Pero nunca fue la intención de Dios que tuviésemos tiempo desechable en nuestras vidas, a pesar de que Satanás sí intenta afanadamente convencernos de que la juventud fue creada para ser despilfarrada. ¿Qué pasa con quienes pertenecemos a la Iglesia de Dios? ¿Estamos dejándonos influenciar por las tendencias imperantes que invaden nuestra sociedad, que nos hacen creer que tenemos derecho a todo y nos impulsan a buscar la gratificación personal? Necesitamos saber cuál es nuestra posición, porque la verdad es que hay muchísimo en juego. Muchas de las decisiones que tomamos a los 12, 16 o 25 años *pueden* tener un impacto positivo o negativo por el resto de nuestras vidas en nosotros y en aquellos que amamos.

Una carta para Timoteo — y para nosotros

Pablo le dijo a Timoteo: “Que nadie te menosprecie por ser joven. Al contrario, que los creyentes vean en ti un ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12, Nueva Versión Internacional).

A primera vista este consejo parece un poco extraño, ya que no tenemos control sobre lo que otros puedan pensar de nosotros. Da la impresión que Timoteo fue víctima de discriminación debido a su edad, pero lo que Pablo estaba diciendo era que Timoteo debía comportarse de tal manera que nadie *pudiese* tener razón para reprochar su juventud. Él debía actuar con *más* madurez, con *más* sabiduría, poniendo en práctica el Espíritu Santo que había recibido a través de la imposición de manos. Su tarea consistía en ser un instructor, y como tal, era inaceptable que utilizara su juventud como un tiempo para enfocarse en la búsqueda de sus propios placeres. Era inaceptable que ignorara voluntariamente el amor que Dios le tenía, sus expectativas y además su labor como ministro del pueblo de Dios.

El ser joven no nos da licencia para actuar estúpidamente o experimentar con comportamientos destructivos, ni tampoco para ser necios, a pesar de que Satanás ciertamente usa la cultura popular para indicar lo contrario. Todos nosotros a veces escogemos mal o tomamos malas decisiones, y esto incluye

a adultos maduros. Pero cuando somos jóvenes, con mucha frecuencia, nuestra inexperiencia espiritual y el deseo de ser aceptados por nuestros amigos nos vuelven más vulnerables. El mundo que nos rodea nos muestra la juventud y la belleza como una licencia para el hedonismo, filosofía que promueve el no privarse de nada. Este enfoque nos afecta físicamente, a través de la comida y las bebidas que consumimos en exceso, económicamente, a través de crédito que no podemos administrar, y sexual y emocionalmente, mediante relaciones enfocadas en el placer en vez de Dios el Padre.

La responsabilidad es algo que aprendemos a través de la práctica. Valernos de nuestra juventud y usarla de excusa para adoptar como estilo de vida la falta de juicio o carácter, es algo que también se aprende a través de la práctica. Ambas conductas se acumulan con el tiempo y son reforzadas cada día por medio de nuestros pensamientos y acciones.

Y aunque Dios es quién decide si nos protegerá o no de las consecuencias que nos merecemos cuando tomamos malas decisiones, puede que tanto nosotros como otros a nuestro alrededor debamos cargar con cicatrices mentales, emocionales

La segunda parte de Eclesiastés 11:9 dice: “Anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios”. Debemos rendir cuentas por las decisiones que tomamos cuando somos jóvenes, sean éstas sabias o insensatas.



o físicas por el resto de nuestras vidas.

La carta de Pablo a Timoteo continúa diciendo: “No descuides el don que hay en tí, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio. Ocupate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (1 Timoteo 4:14-15).

Tal como Timoteo, nosotros también debemos ser un ejemplo de rectitud dentro de nuestro círculo de influencia, que se compone al menos de nuestra congregación local, nuestra familia y nuestro círculo de amigos. ¡Qué responsabilidad más grande! No es nada fácil nadar en contra de la corriente de la sociedad, ser un ejemplo en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza. Medite en la carta de Pablo a Timoteo y en cómo se aplica a nosotros hoy en día. Debemos estar conscientes de cómo les hablamos a otros y cómo representamos a Dios con nuestras palabras. Tenemos que ser buenos ejemplos en conducta y acciones y reflejar el amor de nuestro Padre en nuestra preocupación por los demás.

Además, debemos estar trabajando activamente con el Espíritu Santo que se nos entrega al bautizarnos, y creciendo en fe por medio de buenas obras. Y debemos ser puros, lo que en un mundo como el nuestro indudablemente requiere de la

ayuda de Dios (2 Timoteo 2:22).

¿Es esto algo demasiado abrumador? ¿Imposible de alcanzar? Bueno, tal vez así parezca, especialmente si algunos malos hábitos se han vuelto parte de la fibra de nuestro carácter. Pero *si es posible*. Lo imposible es absolutamente posible con Dios (Filipenses 4:13). La mayor parte de la gente en la Iglesia de Dios no habla abiertamente acerca de los despreciables y mezquinos rasgos de personalidad que han tenido que superar, o que aún están superando, pero todos tenemos cosas que mejorar y nadie es la excepción. El mismo apóstol Pablo fue culpable de perseguir a los hermanos, y jugó un rol activo en la muerte de varios cristianos. Pero Dios abrió sus ojos y lo llevó al arrepentimiento y a predicar el evangelio (Hechos 7:58-59, 1 Timoteo 1:12-16, Romanos 7:24-25).

Hemos escuchado magníficos relatos acerca de milagros en los cuales Dios protegió de manera extraordinaria la vida o la propiedad de miembros de la Iglesia, ¡y estas historias son inspiradoras y maravillosas! Pero rara vez tenemos la oportunidad de celebrar las numerosas historias de cómo Dios ha salvado milagrosamente muchas vidas espirituales. Dios puede llevar a cabo milagros increíbles en nuestros co-

Llamada de atención

Ahora voy a ser honesta con ustedes: a la hora de hablar de juventud y responsabilidad, yo no creo haber sido un Timoteo ni un Daniel, a pesar de cuánto los admiro. Cuando gastaba mi tiempo en estar siempre ocupada, estaba “menospreciando mi juventud”. Al pensar en ello, muchas veces me he sentido como un rotundo fracaso, sabiendo que desperdicé muchos años de mayor crecimiento espiritual porque dejé que el mundo me distrajera.

De cierto modo, yo quizás quería distraerme porque no tenía las agallas para cambiar—o por lo menos, no inmediatamente. Tenía miedo, y dejé que mi cobardía bloqueara el camino entre Dios y yo. No me di cuenta de la gravedad de ser cobarde o de mentirme a mí misma (ver Apocalipsis 21:8). Pero, en lo más profundo, cada cristiano de segunda generación (o de tercera, o más) conoce lo suficiente como para saber cuándo Dios se complace o no con nuestras decisiones. Ese “no todavía” es un buen indicador de que estamos ignorando deliberadamente el Espíritu Santo de Dios que está trabajando en nosotros. Si somos honestos, necesitamos hacernos a nosotros mismos algunas difíciles preguntas.

¿Cómo se verá afectada nuestra relación con Dios al ir a fiestas, beber, o pasar nuestro tiempo en discotecas, incluso si estamos con amigos de la Iglesia? Si optamos por llenar nuestras mentes con justificaciones y excusas, o evitamos el tema llenando nuestro tiempo con videojuegos, la televisión u otros medios de entretenimiento, entonces

probablemente no tendremos tiempo para pensar en lo que literalmente podríamos hacer—ahora mismo—para expresar nuestro amor hacia Dios con algo más que simple emoción. Tal como les ocurre algunas veces a quienes profesan ser cristianos y que están “en piloto automático”, yo tuve una llamada de alerta. A pesar de que todos reaccionamos de manera diferente, cuando nos enfrentamos a circunstancias que están fuera de nuestro control podemos volvernos introspectivos y embotellar nuestro dolor, desquitarnos de nuestra frustración con otros y tratar de resolver lo que no tiene solución; o, por el contrario, podemos volvernos hacia Dios, nuestro Padre, y entregarnos por completo a su cuidado.

Cuando mi querida congregación fue forzosamente dividida hace un par de años, yo ciertamente me sentí motivada a ser más consciente. No le desearía a nadie esas circunstancias, pero sé de muchos que pasaron por algo similar.

Sin embargo, ese dolor provocó resultados que al fin y al cabo valieron de algo, porque ¿quién puede realmente comprender lo que sentimos, excepto Dios? Después de noches sin dormir y horas de llanto, yo finalmente le abrí mi corazón a Dios por completo. Oré en medio del dolor, la rabia y la necesidad humana de ver algún grado de justicia donde ésta no se podía encontrar. Había perdido tanto, pero a través del dolor y la angustia, encontré algo mucho más grande: el “primer amor” (Marcos 12:30, Romanos 8:37-39).

razones y mentes si estamos dispuestos a aceptar su ayuda y guía.

Familia y amistad: Una luz en un lugar oscuro

Nos necesitamos unos a otros. No en vano Dios nos dijo que debíamos reunirnos con otros hermanos cada semana. Las congregaciones de nuestra Iglesia deben llegar a ser como nuestras familias: un sistema de apoyo donde los miembros se aman mutuamente a pesar de sus diferentes personalidades. Y tal como en una familia, todos debemos trabajar juntos, llevando a cabo nuestras respectivas responsabilidades. Debemos practicar con frecuencia el compañerismo cristiano, no solo en el salón de la Iglesia sino que también juntándonos en nuestros hogares, para fortalecer nuestras relaciones hasta el punto de compartir con los demás las cosas importantes que enfrentamos como cristianos. Necesitamos rodearnos de quienes se emocionan y entusiasman en cuanto al camino de Dios.

Nuestra selección de amigos puede ser especialmente importante cuando somos jóvenes, ya que en esta etapa es cuando comenzamos a independizarnos más de nuestras familias, tanto en la escuela como en el trabajo. Los amigos de nuestro grupo pueden tener una influencia tremenda sobre nosotros, y nosotros sobre ellos. Pero siempre tenemos que estar conscientes de la dirección y el peso de esa influencia y tomar nuestras decisiones, sin importar lo difícil que ello sea, según nuestra meta y adonde queremos llegar. Si la sabiduría viene de Dios (Proverbios 2:6 dice que sí proviene de él), entonces más vale que le pidamos fervientemente ese atributo y lo usamos para caminar (o correr) en la dirección correcta. Salomón fue el hombre más sabio que jamás vivió, pero incluso él fue guiado en la dirección equivocada por los amigos con los cuales decidió rodearse.

En el libro de Daniel vemos un alentador ejemplo de cuatro hombres jóvenes que hicieron lo correcto, sin la influencia de sus padres, abuelos o ministros. Cuando fueron capturados en Babilonia, ellos solo contaban con el refuerzo positivo que podían darse mutuamente, pero por haber obedecido a Dios sin tomar en consideración sus propias vidas, Dios los bendijo con grandes aptitudes y talentos. Cuando el rey los puso a prueba, su desempeño fue diez veces mejor que el de quienes los rodeaban (Daniel 1:17-20).

¿Podría Dios haberlos sacado de Babilonia? Ciertamente que sí, pero no lo hizo. En vez, rodeados por una sociedad extremadamente pagana, ellos tuvieron que probarse a sí mismos que amaban a Dios más que a sus propias vidas. Él les entregó entonces lo necesario para alcanzar el éxito dentro de los límites de su cautiverio. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo. La diferencia entre ambas cosas es enorme, y diariamente debemos saber cómo reconocerla en nuestras vidas. Nunca podemos tomarnos una vacación para alejarnos del mundo, y eso incluye los servicios del sábado, la Fiesta de Tabernáculos o los campamentos de la Iglesia. Incluso en tales circunstancias, tomamos decisiones con respecto a la compañía que mantenemos y las actitudes y comportamientos que, al fin de cuentas, son los que conforman nuestro carácter.

Aprendiendo por el camino difícil

Confieso que antes de mi llamada de alerta (vea el recuadro en la página anterior), el primer amor (por la verdad de Dios) siempre me había parecido algo fuera de mi alcance. No lograba entender bien cómo los cristianos de segunda generación, como yo, podían llegar a tener el vehemente compromiso de quienes habían sido llamados en primera generación. Después de todo, nosotros no habíamos salido de otra religión u otro estilo de vida diferente al del camino de Dios.

Pero estaba muy equivocada. El primer amor por la verdad de Dios está ahí, disponible para todo aquel que Dios llama, si es que no estamos demasiado ocupados con las preocupaciones de esta vida para buscar a Dios seriamente. Timoteo también fue un creyente de segunda generación, y aprendió acerca del camino de Dios a través de su madre y su abuela (1 Timoteo 1:5). Como joven que era, él respondió al mismo llamado que tal vez tú mismo estás escuchando ahora (Hechos 2:38-40).

La segunda parte de Eclesiastés 11:9 dice: “Anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios”. Debemos rendir cuentas por las decisiones que tomamos cuando somos jóvenes, sean éstas sabias o insensatas.

Algunas personas tienden a aprender de los errores de otros y reciben buenas enseñanzas desde temprano, tal como Timoteo y Daniel y sus amigos. Pero pareciera ser que algunos de nosotros tenemos que aprender mediante amargas experiencias y azotar el rostro en el suelo una y otra vez. Pero, de una u otra manera, lo importante es aprender algo.

Si pudiese volver atrás y decirle algo a la joven que fui, le diría: “Dile a Dios todo secreto en tu corazón. El ser honesta contigo misma es ser honesta con Dios. Y ese es el comienzo de todo lo maravilloso en tu vida. Todo es más claro después de invitar su luz para que brille dentro de ti”.

Sé un Timoteo, o un Daniel, si es que puedes. Pero si es demasiado tarde para eso, entonces sé como el hijo pródigo, o el rey David, quienes después de haber cometido errores tremendos, ¡se volvieron hacia Dios para recibir su perdón en vez de justificarlos aún más! (Lee Lucas 15:10-19; 2 Samuel 12).

No tengas en poco tu valiosa juventud, desperdiciándola en tantas cosas que pueden alejarte de lo que tú sabes que es lo correcto.

Si no lo has hecho todavía, aprende a apreciar esta etapa de tu juventud como el momento en que puedes aprender a comunicarte abiertamente con Dios y poner tu confianza en él a lo largo de tu vida (Salmo 71:5). Él te ama más de lo que puedes llegar a comprender, ¡y realmente desea escuchar lo que tienes que decir! (1 Juan 4:19).

Al comienzo de este artículo hice una pregunta: ¿hay algo más maravilloso que ser joven? La verdad es que sí lo hay. Es mucho más maravilloso ser joven e invertir esa energía, fuerza y amor por la vida en la relación más importante que jamás tendremos: aquélla con nuestro Padre que está en los cielos. Esta es la decisión más bendecida que podemos tomar.

-Por J'Non Whitlark

Parte de la armadura de Dios, descrita por Pablo, es “el escudo de la fe”. ¿Cómo usaron los escudos los soldados romanos durante las batallas, y qué lecciones podemos aprender de ello? Descubrámoslo en este estudio.



Lección 5: El escudo de la fe

El cuarto elemento de la armadura que Pablo menciona en Efesios 6 es “el escudo de la fe”. ¿Cómo usaban los soldados romanos sus escudos? ¿Cuál es el propósito del escudo espiritual para nosotros?

En Daniel 3, la Biblia registra la historia del horno de fuego ardiendo:

Los tres jóvenes miraban fijamente el lugar donde serían echados para morir. El edicto había sido promulgado: iban a ser atados y arrojados vivos dentro de un horno que sería calentado siete veces más de lo acostumbrado. Todos los que miraban entendían lo que esto implicaba: esto era una ejecución y era lo que le sucedía a quienes desobedecían al rey.

Un momento antes, a estos tres hombres se les había dado la oportunidad de evitar este destino fatal. Si hubiesen estado dispuestos a ceder tan solo un poquito, podrían haber salvado sus vidas, pero se habían rehusado a hacerlo. ¿Por qué?

El rey había construido previamente una estatua de oro de 27 metros de altura, y había decretado que varias veces al día, todo habitante debía postrarse y adorar la estatua cuando escuchara sonos musicales. En toda la nación, solo tres personas tuvieron la osadía de no obedecer el decreto real. Y por aquel acto de valor, Sadrac, Mesac y Abed-nego morirían.

Cuando el rey Nabucodonosor se enteró de la insubordinación, reprendió a los rebeldes y les dio un ultimátum: “Adoren la estatua o serán echados en medio de un horno de fuego ardiendo”. La respuesta a esta amenaza la encontramos en Daniel 3:16-18: “Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: ‘No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado’”.

La fe de estos tres jóvenes en Dios les permitió enfrentar al hombre más poderoso del mundo y rehusar obedecer sus órdenes blasfemas. Entonces, fueron lanzados dentro del horno y liberados milagrosamente por Dios. Sin embargo, tal vez lo más sorprendente de esta historia fue la inquebrantable dedicación a Dios de estos jóvenes frente a una suerte



desconocida. ¡Su fe era tan fuerte, que estaban dispuestos a dar su vida!

Tomando el escudo

Hasta ahora, la descripción que hace Pablo de la armadura de Dios se ha limitado solo a los accesorios que usamos. Nos colocamos el cinturón, la armadura y el calzado, y ellos se

sostienen básicamente por sí mismos.

El escudo es algo diferente. Pablo nos dice que el escudo es algo que nosotros debemos sostener y levantar. El solo amarrarlo a nuestro brazo no es suficiente, es necesario que hagamos el esfuerzo de mantenerlo firmemente arriba y usarlo.

¿Cuál era la función del escudo en el ejército romano?

El escudo romano —el *scutum*— no era el clásico escudo “tipo medieval” que se nos viene a la mente cuando escuchamos la palabra. Era un escudo muy grande, rectangular y semicurvo, con una pieza de metal cónica y puntuda que se colocaba en la parte central externa (llamada *umbo*).

El *scutum* era un elemento de defensa impresionante. Debido a su tamaño (algunos medían más de un metro de alto y casi un metro de ancho), los soldados quedaban muy bien protegidos de sus enemigos. Como era curvo, podía desviar los ataques sin transferir la fuerza total de la embestida al hombre que sostenía el escudo. Debido al *umbo*, se podían evitar incluso los ataques más despiadados, porque éste tenía además una capacidad ofensiva y de un golpe podía hacer que el enemigo retrocediera.

¿Qué es la fe?

Hebreos 11:1

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Esta es la definición bíblica de la fe que aclara algunos conceptos erróneos. Si la fe es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”, entonces esto tiene implicaciones de largo alcance. La certeza es tangible, la convicción es una prueba sólida. Por definición, la fe no es una emoción incierta, sin fundamento real. Esta es una verdad irrefutable. La verdad es *real*.

Romanos 8:24-25

Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Aunque la fe se basa en evidencia sólida, no significa que ella se produce naturalmente o de forma fácil. Pablo aquí destaca un punto obvio, pero necesario: uno no espera lo que ya tiene. La fe requiere una enorme dosis de confianza. Debemos examinar la evidencia y ver que Dios ha demostrado que él no cambia y es consistente, y después debemos creer firmemente que cumplirá las promesas que nos ha hecho.

¿De dónde nace la fe viva y salvadora?

Efesios 2:8

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios . . .

1 Corintios 12:9

. . . a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu . . .

Debemos creer en Dios tan pronto iniciamos su camino, ya que después del arrepentimiento y el bautismo él nos da una fe más profunda y viva, que crece mediante su Espíritu Santo.

¿Por qué se asocia el escudo con la fe?

Daniel 3:17:18

He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

Un escudo defiende. Mientras que un escudo nos protege físicamente, la fe puede salvaguardar nuestras vidas espirituales, incluso en medio de pruebas físicas. Cuando Satanás (valiéndose de Nabucodonosor) atacó los valores y creencias de Sadrac, Mesac y Abed-nego, ellos por su fe fueron capaces de enfrentar firme e inquebrantablemente la situación. En su repuesta, ellos expresaron esencialmente “Dios puede librarnos de este destino. No sabemos si lo hará o no, pero eso no es lo relevante. Él nos entregó sus mandamientos y los vamos a guardar sin importar las consecuencias. Sabemos que él puede fácilmente salvarnos de la muerte”.

Efesios 6:16

Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

Un escudo desvía cualquier ataque. Satanás siempre nos está arrojando sus ardientes dardos de miedo, duda y preocupación, pero la única vez que pueden alcanzarnos es cuando bajamos nuestro escudo de la fe—cuando dejamos de creer que Dios tiene el control; que está permitiendo que las cosas sucedan por nuestro bien; que sea cual sea el resultado, siempre es para mejor, aunque no parezca ser así.

Mateo 14:28-31

Entonces le respondió Pedro, y dijo: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”. Y él dijo: “Ven”. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: “¡Señor, sálvame!” Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”

El escudo es la primera línea de defensa. Mientras el resto de nuestra armadura nos protege de los asaltos de Satanás, no es lo más adecuado para absorber cada golpe. Por ejem-

plo, no queremos salir a la batalla a bloquear todo con nuestra cabeza.

Cuando nuestra fe en la omnipotencia y protección de Dios es fuerte, es imposible para Satanás atravesar nuestro escudo y lograr atacarnos. Pero cuando permitimos que la duda nos invada, como le sucedió a Pedro y se distrajo con las olas, nos comenzaremos a hundir. El resto de nuestra armadura terminará maltratada, igual que nosotros. No obstante, un escudo de fe sostenido fuerte y activamente evita esto y, por el contrario, inhibe la fatiga.

Mateo 4:10-11

Entonces Jesús le dijo: “Vete, Satanás, porque escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás’”. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.

Un escudo puede incapacitar. Cuando Jesucristo fue tentado por Satanás, su fe en la Palabra y los mandamientos de Dios repelieron a Satanás por un tiempo (Hebreos 4:15 nos dice que Jesús fue tentado en todo, así que con toda seguridad este no fue el único encuentro que Jesucristo tuvo con el diablo). El umbo (la pieza de metal en el centro) del escudo romano permitía a los soldados desplazar a sus oponentes y aturdirlos lo suficiente como para contraatacar inmediatamente. Nuestra fe en Dios, como Jesucristo lo demostró, puede darle a Satanás un buen empujón y darnos la posibilidad de defendernos haciendo la voluntad de Dios y su obra. Dios nos dice que la fe no puede estar solo en nuestra mente, sino que debe producir frutos —obras de obediencia y servicio (Santiago 2:20).

¿Cómo se puede usar el escudo?

El ejército romano poseía una táctica muy efectiva y original en el uso de sus escudos. Cuando los enemigos lanzaban flechas u otro tipo de proyectiles, los soldados cerraban filas en formación rectangular, llamada *testudo* o “tortuga”: aquellos que estaban en los bordes de la formación usaban sus

escudos para crear una muralla alrededor. Quienes se encontraban en el medio sostenían sus escudos sobre sus cabezas, y de esta manera protegían a todo el grupo de los misiles aéreos. El resultado era un formidable tanque humano, que solo podía ser detenido mediante un tremendo esfuerzo.

Efesios 4:11-16

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

Cuando el ejército romano juntaba sus escudos, se convertía en una fuerza casi imparable. Y si nosotros en la Iglesia de Dios unimos nuestros escudos, es decir, nos fortalecemos mutuamente con nuestra fe, construyendo y sirviendo dentro de este cuerpo en la medida de nuestras capacidades, seremos una fuerza muy difícil de detener, capaz de enfrentar cualquier desafío.

Debemos recordar que cuando peleamos, no es simplemente nuestra batalla. Es la batalla de todos nuestros hermanos en la fe, de los que están a nuestro alrededor y en todo el mundo. Y si ganamos, será porque pusimos nuestra fe en Dios y estuvimos juntos, hombro a hombro, manteniéndonos firmes y unidos para “nuestra común salvación . . . por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1:3).

Aplicaciones prácticas

Nuestra fe está basada en las promesas de Dios. ¿Cuán familiarizados estamos con estas promesas? ¿Sabe usted qué es lo que Dios le ha prometido? Si las conocemos profundamente y confiamos plenamente en ellas, nuestra fe será igualmente sólida. ¡Reclame esas promesas y mantenga su escudo en alto!

Próxima lección: El casco de la salvación.

Hijos de la misericordia

La misericordia de Dios es una de sus cualidades más entrañables. Como hijos suyos, hay tres maneras en las que podemos practicar esta cualidad: proveyendo ayuda física a nuestro prójimo, confortando a aquellos que lo necesitan y perdonando a los que nos hacen mal.

De todas las virtudes de Dios, probablemente su misericordia es la más atrayente para nosotros. Se manifiesta en nuestras vidas de muchas y distintas maneras, y gracias a la misericordia de Dios, cada uno de nosotros tiene una oportunidad para la vida eterna. Además, su misericordia es la que nos provee todo lo necesario para mantenernos vivos en este planeta: el aire que respiramos, el sol que nos calienta y ilumina nuestros días, la comida que nos alimenta y el techo que nos protege.

En la Biblia, la palabra *compasión* se relaciona estrechamente con la misericordia. La palabra griega equivalente a *compasión* literalmente significa “de las entrañas”. Implica una reacción visceral por alguien que sufre. La misericordia es la combinación de esta emoción y la reacción que ella desencadena en nosotros. Jesús relató la historia de un hombre que había sido golpeado, asaltado y abandonado a su suerte (Lucas 10:30). Dos hombres aparentemente religiosos pasaron junto al herido, pero no le ofrecieron ninguna ayuda. Luego pasó un samaritano, persona que pertenecía a un grupo muy despreciado por la gente en tiempos de Jesucristo, y cuando vio al hombre que yacía en el suelo, le tuvo *compasión* (Lucas 10:33). Él puso manos a la obra, curó sus heridas y le cuidó. Después de relatar esta historia, Jesús le preguntó al hombre que lo escuchaba: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” Él dijo: “El que usó de misericordia con él”. Entonces Jesús le dijo: “Ve, y haz tú lo mismo” (Lucas 10:36-37).

La moraleja que nos entrega este relato es que no debemos limitarnos a sentir lástima, sino que tenemos que actuar. Esta es la forma en que Dios demuestra su misericordia para con nosotros, y esto es lo que Cristo nos enseñó e hizo.

Jesús practicó la misericordia de Dios durante todo su ministerio sobre la Tierra. En la vida cristiana, la misericordia es un comportamiento distintivo del Reino de Dios (Mateo 5:1-12). “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Jesús agregó: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36).

La misericordia es un aspecto del carácter de Dios que necesitamos admirar, alabar y amar. Pablo se refirió a Dios como el “Padre de misericordias” (2 Corintios 1:3). Jesucristo representó y manifestó este atributo. Un día, él se enfrentó a una multitud de personas muy necesitadas y les tuvo *compasión* “porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mateo 9:36). En lenguaje actual podríamos decir que su corazón se apesadumbró, que tuvo un desgarrador sentimiento de *compasión*. Jesús demostró su misericordia dándoles palabras reconfortantes de esperanza, sanando sus enfermedades y dándoles de comer.

Como seguidores de Cristo e hijos e hijas del “Padre de misericordias”, ¿no deberíamos ser misericordiosos, tal como nuestro Padre Celestial y Jesucristo lo son? Las tres áreas en las que podemos demostrar misericordia con otros son: la física, la emocional y la espiritual.

1. Físicamente, deberíamos considerar las palabras de Santiago: “Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: ‘Id en paz, calentaos y saciaos’, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (Santiago 2:14). Lo que Santiago nos está enseñando es que debemos actuar cuando hay necesidad física. Deberíamos aplicar este principio en nuestra familia, en la Iglesia y en el mundo en general.

2. En segundo lugar, ofrecer apoyo emocional a otros es importante para desarrollar relaciones personales. En las Escrituras a Jesucristo se le conoce también como el “Consejero admirable”, y él tiene el carácter de Dios el Padre, quien es llamado el “Dios consolador”. También podemos consolar a otros con nuestras palabras cuando sabemos que están pasando por un momento difícil, como la muerte de un ser querido, salud quebrantada, problemas laborales o relaciones personales conflictivas. Podemos demostrar misericordia escuchando, alentando y entregando apoyo emocional. El compañerismo es una magnífica forma de ayudar a otros en este sentido.

3. Finalmente, hay muchas formas de demostrar misericordia espiritualmente. Una de ellas, y con la que podemos expresar este principio cristiano en nuestras relaciones con las personas, es el perdón. Esto puede incluir a quienes tal vez nos lastimaron en nuestra juventud o nos han ofendido en nuestra vida adulta. Pablo enfatiza esto cuando escribe: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:12-15). Él señaló que todo esto está unido por el amor, es decir, la preocupación activa por el prójimo.

Aprendemos de la Biblia que lo que recibimos de Dios debemos hacerlo extensivo a los demás: perdón, consuelo, misericordia, aliento, satisfacción de necesidades físicas, apoyo emocional y amor en sus muchas formas y expresiones. Consideremos cómo podemos extender la misericordia a los necesitados, a los desamparados, a los pobres, a los viudos y viudas y a los desconsolados, de manera que podamos ser genuinamente hijos de la misericordia, y representar así a nuestro Padre de misericordias.

- Por Roy Fouch

La búsqueda de la sabiduría

Un amigo anciano y muy sabio que tuve, siempre me decía que me rodeara de hombres sabios. Supongo que esto proviene de Proverbios 13:20: “El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado”. Este fue y sigue siendo un buen consejo, ya que por lo general, nuestros amigos inmaduros nos hacen meternos en problemas. Debido a ello, siempre busqué la amistad de hombres sabios.

Recuerdo haberle preguntado: “¿Cuándo es que uno se vuelve lo suficientemente sabio como para que otros quieran estar con uno?”, pero nunca recibí respuesta. La mayoría del tiempo que pasé con él, puse en práctica Proverbios 17:28: “Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio”. Tuve la oportunidad de escuchar innumerables discusiones entre él y quienes son considerados importantes por este mundo, y me di cuenta de que estos últimos no tenían las respuestas.

Rodearse de gente insensata ciertamente causa un daño considerable. Roboam, el hijo de Salomón, rechazó las sugerencias de sus sabios consejeros y aceptó el consejo de sus amigos jóvenes. El relato se encuentra en 1 Reyes 12. Los hombres sabios le aconsejaron que fuera un buen servidor y se mostrara amable con sus súbditos, y que si así lo hacía, ellos lo servirían para siempre. Por el contrario, sus amigos jóvenes le aconsejaron ser incluso más duro que su padre y que exigiera aún más, para demostrar así que él era el rey.

Su decisión de seguir el consejo equivocado le costó la mayor parte de su reino, ya que 10 de las 12 tribus de Israel lo abandonaron e hicieron rey a Jeroboam. Al hacer esto dividieron esta magnífica nación, que había sido levantada por su abuelo David y su padre Salomón, y la que (con la bendición

de Dios) fue probablemente la nación más rica de la Tierra en aquel entonces.

“El temor del Eterno es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (Proverbios 9:10). Quienes son lo suficientemente afortunados de tener el conocimiento y el temor apropiado hacia Dios, tienen una gran ventaja en comparación con quienes carecen de él. Yo considero una gran bendición el haber crecido en la Iglesia y haber recibido las continuas enseñanzas acerca de Dios y Jesucristo. He tenido el privilegio de criar a mis hijos con este mismo conocimiento, y de compartir muchas de las verdades eternas de esta vida con otros.

La fecha de entrega de este artículo era el 16 de enero – el aniversario número 27 de la muerte de mi amigo más cercano y más sabio, Herbert Armstrong. Él fue parte de mi vida desde que tengo memoria. Y gracias a Dios, él estuvo dispuesto a escuchar a medida que Dios le concedió entendimiento bíblico, lo que motivó a muchos de nosotros a traspasar también las verdades de la Palabra de Dios a otros.

¿Cómo contestaría yo mi propia pregunta? ¿Cuándo es que uno se vuelve lo suficientemente sabio para que otros busquen su amistad? Cuando uno conoce la verdad de Dios y sigue sus leyes, adquiere algo muy valioso que puede compartir con quienes le rodean mediante la forma en que vive su vida. Con este conocimiento, y siguiendo este camino, usted se convierte en alguien lo suficientemente sabio como para que otros quieran estar cerca suyo.

-Por Aaron Dean

Sitios de interés de la IDUA/ en Internet:

La Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, tiene varios sitios web de interés. Aquí están los más visitados:

Para la revista Las Buenas Noticias y TODAS sus ediciones anteriores:

<http://www.ucg.org/espanol>

Para descargar los folletos en internet: <http://www.ucg.org/espanol>

Para descargar los folletos en audio (mp3): <http://unidachile.cl/folletos.htm>

Para ver los servicios los días sábados desde Chile, Guatemala, Bolivia o México: <http://www.unidachile.cl>

Haga clic en la bandera del país de su preferencia

Clave de acceso: frutobueno

Para información directa de la sede en Estados Unidos (en inglés): <http://realtimeunited.wordpress.com>

Para suscribirse a nuestra lista a fin de recibir información actualizada en su correo electrónico y para respuesta a sus preguntas, envíe un correo electrónico a unidachile@unidachile.cl



Iglesia de Dios Unida *una Asociación Internacional*

20 de marzo de 2013

Queridos hermanos de la Iglesia de Dios Unida:

Las fiestas de inicio del año sagrado, ordenadas por nuestro amoroso y misericordioso Dios, están a la vuelta de la esquina. ¡Qué privilegio tenemos al poder observar la Pascua del Nuevo Testamento para renovar el pacto con nuestro Padre Celestial por medio del sacrificio de su Hijo amado, Jesucristo! La Pascua nos recuerda que cada uno de nosotros ha sido efectivamente perdonado, reconciliado y completamente restaurado ante la presencia de Dios.

Los miembros del Cuerpo de Cristo en todo el mundo, quienesquiera que sean y dondequiera que se encuentren, participarán de los símbolos sagrados del vino y el pan sin levadura, que representan la plenitud del Cordero escogido de Dios “que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Algunos estarán físicamente solos esa noche, mientras que otros estarán en compañía de sus amados hermanos; sin embargo, todos estaremos espiritualmente unidos en plena comunión con Dios el Padre y Jesucristo. El apóstol Pablo describe el sentido de esta celebración afirmando lo siguiente: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16-17). Es un hecho que no estamos solos, y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo (1 Juan 1:3).

Esta comunión revelada en las Escrituras nos hace recordar la indudable realidad de que “a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Como participantes del pan y del vino, a través de los cuales renovamos nuestro pacto sagrado con Dios, no prestemos atención a comentarios insignificantes a nuestro alrededor, ni demos cabida a las dudas que puedan surgir, pues ello impide que demos testimonio de que Cristo vive en nosotros. Al contrario, consideremos las siguientes declaraciones del apóstol Pablo acerca de la gracia de Dios:

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió, y más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?

“ . . . Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31-35, 37-39).

Participar del pan y del vino debe hacernos recordar nuestro compromiso de adorar a Dios diariamente. Se nos recuerda que cada uno de nosotros ha sido “crucificado con Cristo” y que “ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Sí, Cristo murió para que fuésemos liberados del pecado y la condena que éste acarrea y para que vivamos, en cambio, una nueva vida, según simbolizan los Días de Panes sin Levadura. Somos una nueva creación en Cristo, con una vida consagrada para que “celebrems la fiesta no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con panes sin levadura de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8).

Así pues, presentémonos ante Dios como la familia espiritual de los que “guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). Al celebrar la Pascua y los Días de Panes sin Levadura, podremos tener mayor seguridad, cada día y en cualquier circunstancia, de que “el Señor es mi pastor, nada me faltará” (Salmos 23:1). Aquél que condujo a Israel a través del mar y posteriormente hacia la tierra prometida, es Aquél que guía hoy a la Iglesia hacia la meta final del Reino de Dios. Él es el Príncipe de los pastores que cuida la grey de Dios (1 Pedro 5:4). Sus propias palabras en los evangelios nos lo recuerdan: “Y esta es la voluntad del Padre que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.” (Juan 6:39).

Quise citar directamente algunos pasajes de la Palabra de Dios en esta carta, pues todos necesitamos aliento y consuelo en estos momentos. Muchos de nosotros hemos pasado por decepciones personales, accidentes, problemas financieros, de salud y de relaciones conflictivas con otras personas. Algunos han perdido a sus seres queridos y hemos sentido su pérdida. Cada uno de nosotros es especial para Dios, y él ha dado a su Hijo para que podamos tener no solo una nueva vida ahora, sino para que también estemos juntos para siempre en el Reino de Dios. Por ello, el autor de Hebreos nos recuerda lo siguiente: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús” (Hebreos 3:1).

Que nuestro amoroso y compasivo Dios los bendiga y proteja durante esta especial temporada de fiestas bíblicas. Preparémonos para “crecer en gracia y conocimiento”, y motivémonos unos a otros al amor y las buenas obras para la honra y gloria de Dios. Recordemos que no solo hemos sido llamados a la salvación personal, sino también para compartir el evangelio (las “buenas nuevas”) de Jesucristo y el Reino de Dios en todo el mundo. ¡Cuán maravilloso será ese día cuando “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla”! (Filipenses 2:10). ¡Que Dios apresure ese día!

Entre tanto, mantengamos firmes la fe en nuestro Padre Celestial de que su Espíritu nunca nos guiará adonde su gracia no nos proteja.

En amor a Cristo,

Robin Webber

Marzo-Abril 2013 • Volumen XVI, Número 2

El Comunicado es una publicación bimestral de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional, P.O. Box 541027, Cincinnati, Ohio 45254-1027, EEUU.
©2012 Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. Todos los derechos reservados

Gerente de Medios
Peter Eddington

Edición en español:
Debbie Orsak

Consejo de Ancianos de la Iglesia de Dios Unida:

Carmelo Anastasi, Gary Antion, Scott Ashley, Robert Berendt, Bill Bradford, Roc Corbett, John Elliott, Darris McNeely, Mark Michelson, Mario Seiglie, Don Ward, Robin Webber

Suscripciones:

El Comunicado es una publicación de la Iglesia de Dios Unida. Gracias al generoso apoyo de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores voluntarios, El Comunicado se envía gratuitamente a todos aquellos que lo soliciten. Cualquier persona que desee suscribirse puede hacerlo, sin costo ni compromiso de su parte. Solo tiene que enviar su solicitud a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001 • Bogotá

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Guatemala: Apartado Postal No. 42- F, Ciudad de Guatemala

Teléfono: (001) (513) 576-9796 Fax (513) 576-9795

E-mail: info@ucg.org

Sitios en Internet: www.ucg.org/espanol

www.unidachile.cl

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.



Iglesia de Dios Unida
una Asociación Internacional